

El Libro. Una mirada desde las Ciencias Humanas

Guillermo Gustavo Cicalese

Libros o revistas científicas

“No creo ni por un momento que debemos vivir en una torre de marfil, indiferentes al mundo exterior. La cuestión es ante quién somos responsables, para usar una expresión cara a los privatizadores. La respuesta es sencilla: ante el público. Tenemos con éste la deuda de mantener el conocimiento libre para todos (Brown James 2001).”

En los últimos años y a raíz de la profesionalización de la burocracia científica en la Universidad se ha generalizado el debate en torno de la determinación de cuáles son los medios más legítimos y trascendentes para difundir los resultados de las investigaciones. Esta cuestión que parece contar con un relativo consenso en el caso de las ciencias naturales y las disciplinas tecnológicas, genera no pocas discusiones en las ciencias sociales y en las Humanidades. Creemos que lo que debería decirse, es que hay una cierta inquietud por la imposición de los criterios hegemónicos de las ciencias naturales para evaluar, planear y juzgar los resultados en las ciencias sociales y las humanidades; y por supuesto, para valorar la calidad de las publicaciones. ¿Cuál es el mejor sitio para publicar? ¿A qué tipo de publicaciones conviene destinar los esfuerzos científicos? Las respuestas a estos interrogantes generan una discusión cuyas aristas se han planteado en esta revista y otras de difusión científica (Cacopardo, 1997; Cahuepe, 1997; Bruzzone, 2000 ; Fernández, 1998), y ha producido el desarrollo de argumentaciones significativas. Lo que parece ponerse en juego es una pugna en los discursos por definir cuáles son las credenciales más legítimas en el campo científico, en otras palabras, qué vehículos de difusión son estimados como más reconocidos, convenientes y rentables. Este último concepto es utilizado en un doble sentido: en primer lugar, simbólico, puesto que hay publicaciones que brindan en la comunidad académica un mayor reconocimiento y prestigio al investigador que logra editar en ellas; y en segundo lugar, económico, puesto que enriquece los antecedentes curriculares permitiendo un mejor acceso a distintas formas de financiamiento de la investigación.

Hay una dicotomía que en forma corriente se manifiesta cuando se plantea, en esta temática, la contraposición entre dos tipos de publicaciones: las revistas científicas con sistema de referato e indizadas y los libros (1). Desde una perspectiva histórica, la tradicional forma de difusión en una buena parte de las ciencias humanas ha sido el libro y las otras han sido subsidiarias. Hay interesantes diferencias en las prácticas que desarrollan los investigadores en las ciencias naturales y en las ciencias sociales. La literatura científica en ciencias sociales y las humanidades mantiene un bajo índice de envejecimiento al punto tal, que los creadores de paradigmas en las ciencias sociales se mantienen vigentes y en coexistencia, y sus obras son revisitadas y resignificadas a la luz de los nuevos problemas que exhiben los hechos sociales. En cambio, en las ciencias naturales la tendencia parece ser otra, por el contrario producen trabajos con un nivel de vida media más baja, sus resultados se adaptan bien a la difusión rápida de las revistas científicas periódicas. Otra diferencia parece estar en que el especialista en ciencias humanas tiende a interesarle bibliografía y fuentes heterogéneas extraordinariamente dispersas. Esto último, se explica por el carácter transdisciplinar de las materias o temáticas abordadas que pueden llevar la pesquisa por caminos diversos.

Una crítica sostenida por algunos académicos, asevera que, como forma de publicación de resultados científicos, el libro no cuenta con validez, puesto que no existe forma de medir su calidad, ya que sus contenidos no han sido escrutados por los pares. Claro está: los libros no pasan por las técnicas de referato características de las revistas científicas, tampoco creemos que las réplicas que se han ensayado para contrarrestar esta desaprobación, sean del todo satisfactorias para los que sostienen la posición antes enunciada. Para los que priorizan los sistemas de evaluación de pares no bastan razonamientos como por ejemplo los que aluden a que en ciertas editoriales existen comités evaluadores muy exigentes que autorizan su edición, o bien que en el caso de publicaciones institucionales los proyectos y sus frutos han transitado por distintas instancias de examen (congresos, comentaristas, directores, prologuistas, acreditaciones y críticas bibliográficas, etc.). Todas estas explicaciones no son aceptadas por quienes desconfían de los libros como espacio de comunicación de resultados científicos, y es entendible que esto ocurra, puesto que lo hacen pensando en criterios operativos de evaluación, extraños a este tipo de publicación.

Sin entrar en una polémica que nos llevaría probablemente a un callejón sin salida, nos permitimos hacer un esfuerzo por exponer por qué el libro debe seguir valorizándose y los sistemas de gestión científica lo deben particularmente agendar. No se trata en este caso de despreciar otro tipo de publicaciones, por supuesto necesarias, pero sí de no contraponerlas en forma infértil al libro. Nos proponemos entonces, tomar una vía paralela, otro camino para alegar en pos de la necesidad de mantener y favorecer esta forma de publicar en ciencias humanas.

El libro en las Ciencias Humanas

... quizás convenga preguntarse de dónde viene ese calificativo de “humanidades” que reciben ciertas materias hoy. La denominación es de origen renacentista y no contrapone ciertos estudios muy “humanos” con otros “inhumanos” o “deshumanizados” por sus sesgo técnico-científico (los cuales no existían en la época) sino que los llama así para distinguirlos de los estudios teológicos o los comentarios de las escrituras. Los humanistas estudiaban humanidades, es decir: se centraban sobre textos cuyo origen era declaradamente humano (incluso aún más: pagano) y no supuestamente divino (Savater 1997:130).

En el clásico libro de Mario Bunge “La ciencia, su método y su Filosofía”, cuando el autor hace el inventario de las principales características de la ciencia fáctica, casi enseñando el ‘deber ser’ del conocimiento científico, lo define como un saber con distintas cualidades y señala ante todo, que la ciencia es un conocimiento comunicable. Esto es -agregamos nosotros- que la ciencia se puede convertir en un objeto reconocido e identificable para los demás, posible de desmarcarse de las jergas y léxicos específicos que sólo puede comprender un círculo de expertos muy reducido. El reconocido científico manifiesta que la fluida comunicación de las teorías y sus consecuencias prácticas, los resultados y las metodologías multiplican las oportunidades de confirmación y refutación (2). El secreto, por el contrario, afirmaba con razón Bunge, es el enemigo del progreso de la ciencia. Nos arriesgaríamos a afirmar, que la circulación limitada sólo a los ámbitos académicos, es además, el mejor aliado del estancamiento de la cultura y la técnica. La condición de esta amplia extensión y divulgación, sobre la cual se ha insistido en numerosas oportunidades, puede ser comprendida haciendo hincapié en dos puntos: el libro como texto que nos habilita la llegada a un público más amplio que los pares, y la necesidad de las ciencias sociales de tener presencia en un campo donde se juegan otros discursos de recepción más masiva. El libro como forma de difusión es un bien cultural que ha sido portador de ideas originales que han echado raíces profundas en las sociedades y que tiene la posibilidad de proporcionar conocimientos complejos. Se trata de un instrumento del cual disponemos, y que se manifiesta como un recurso social que puede portar un discurso con un estilo propio del léxico científico orientado a los pares, o bien, ser construido con un estilo entendible y comunicable para el gran público, apuntando a una “comunidad de pares ampliada”. Este último



cuestiones

humanas

significativas.

Sin embargo en ocasiones, planeamos libros como si se fueran artículos a presentar a revistas científicas: compilamos y dividimos sus contenidos en exceso y no hacemos uso de la flexibilidad de un texto que se abre afablemente a los sentidos. Se sacrifican los medios visuales que esta forma de edición nos posibilita como parte de la riqueza de la expresión escrita: tamaños y formatos, texturas, ilustraciones, fotos, viñetas, mapas, apartados, separatas, esquemas, etc. Tampoco nos preocupamos mucho por ser corteses con un lenguaje

claro y accesible, ya que suponemos que el grupo de lectores es entendido, más no hacemos concesiones al lego, lo exponemos a una tarea de desciframiento que atenta contra la comprensión. ¿Por qué este requisito imperioso de recurrir al libro como procedimiento de difusión amplio en las ciencias humanas? Esencialmente, porque el pretendido monopolio del investigador social sobre la representación social no es tal, sus miradas son contestadas o encubiertas por otras miradas de otros productores del mundo simbólico: escritores, políticos, periodistas, religiosos, etc. a los que se suman todos aquellos actores que obran con la aspiración de hacer valer su visión o intereses mundanos. Ciertamente es, que todos de alguna manera, legos en nuestra vida cotidiana, nos comportamos como teóricos sociales, sostenemos y defendemos opiniones más o menos autorizadas, o nada autorizadas sobre los hechos de la sociedad, y este aspecto es lo que hace singularmente apasionante la investigación social: la relación que mantiene el investigador con un objeto de estudio que no le es para nada ajeno. Probablemente, a ningún iniciado se le ocurriría cuestionar las teorías de un físico, menos aún las fórmulas o teoremas inventados por un matemático. Tampoco, lo que un químico predica de un ácido, va a producir que ese ácido salte ofuscado sobre el rostro del científico. En cambio, conforme recae la atención en los logros de las ciencias humanas, ellos son puestos en duda, o bien se muestran profundos desacuerdos sobre sus conclusiones, o aún peor son sospechadas de ideológicas o de construir relatos interesados sobre la realidad. En definitiva, a las ciencias humanas les es esquiva la obtención del monopolio de un discurso legítimo sobre la sociedad, sobre todo cuando la construcción de ese discurso se edifica –por el camino de la razón- contra el sentido común. Dicho esto en otras palabras, en resistencia a la visión corriente de la mayoría o en oposición a determinados intereses imperantes. Adviértase que esta “falta de autoridad” o “eficacia” de las ciencias sociales, quizá no se cifre en un retraso en su evolución, idea desarrollada por algunos teóricos de la ciencia, sino en la conexión difícil y complicada que establece con su materia de estudio. Incentivar la lectura y la escritura en el marco de una educación universal son -sin duda- tareas de una educación humanística, objetivos más fáciles de encomiar que de cumplir. El origen histórico de las humanidades se localiza en una actitud laica y profana que se opuso a los textos divinos y sus voceros calificados, en una batalla por obtener el respeto racional. ¿Es esta una tarea lograda definitivamente? Cuando los anaqueles de las librerías parecen apostar –guiados por los evaluadores del mercado- al negocio seguro de los libros de autoayuda, mágicos, supersticiosos, seudoreligiosos o directamente oscurantistas, abandonar los estantes sería acallar la voz de las ciencias humanas cuando más se requiere de la crítica, de despertar curiosidades que no respeten dogmas y de instruir en un razonamiento lógico que aprecie las mejores y las peores realizaciones del espíritu humano.

Notas

(1) La base de datos del ISI, conocida organización encargada de indizar las revistas, es el punto de consulta obligado. El problema consiste en tomar la base como criterio inobjetable para los trabajos de Ciencias Sociales. En realidad en muchas disciplinas, en particular, en Geografía, Historia y Educación se consignan mayoritariamente revistas del mundo anglosajón, en muchos casos parroquiales y se dejan de lado revistas editadas en castellano. A las obvias limitaciones geográficas, cuestión no menor si se tiene en cuenta la importancia de la dimensión local en estas ciencias, se agregan las temáticas. De ahí que sea erróneo tomar el indicador (ISI) como criterio inobjetable a la hora de juzgar la producción en Ciencias Sociales.

(2) Incluso con aportes provenientes de campos exteriores a las ciencias como muestra Howsbawm (1998) cuando afirma que paradójicamente el partidismo ha sido fértil al interior de la Historia y las Ciencias Sociales, ya que, ha contribuido al debate científico entre las escuelas y ha sido un mecanismo de comunicación para proponer nuevos temas, nuevos problemas y nuevos modelos de respuestas. “La historia del movimiento obrero británico hasta bien entrado el siglo XX estuvo de forma mayoritaria en manos de personas que simpatizaban con él –de Sidney y Beatrice Webb en adelante- porque casi ningún historiador “ortodoxo” se interesó en serio por ella hasta mucho después de la segunda guerra mundial (1998:142).”

Bibliografía citada

- Aliaga Abad F. y Orellana Alonso (1999). La utilización de las bases de datos del ISI para la evaluación de la calidad de las publicaciones sobre investigación educativa en España: argumentos para un debate. En Nuevas realidades educativas nuevas necesidades metodológicas. CEDMA. Màlaga, p.29-34.
- Brown James R. (2001). La privatización de las universidades. En Ciencia Hoy. Volumen 11, N°63.
- Bruzzone Horacio (2000). Algunas consideraciones sobre el llamado parámetro de impacto de las revistas científicas. Revista Nexos N° 12, Año 7, p. 6 – 9.
- Bunge Mario (1971). La Ciencia, su método y su filosofía. Siglo XX. Buenos Aires.
- Cacopardo Fernando A. (1997). Publicar o publicar y otra cuestión desde los márgenes. Revista Nexos N°8, Año 4, p 28.
- Cauhepé Miguel (1997). Publicar o no publicar, ¿es esa la cuestión?. Revista Nexos N°8, Año 4, p 24 - 27 .
- Fernández Raúl (1998). Análisis bibliométrico de la Producción Científica. En revista Ciencia Hoy. Volúmen 8 – N°44.
- Ferreiro Emilia (2001). Pasado y presente de los verbos leer y escribir. Colección Popular nº 590. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Giddens Anthony (1991). La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Giddens Anthony (1997). Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Gomez Hernandez Josè (1997). Biblioteconomía general y aplicada: conceptos básicos de gestión de Bibliotecas. 1ª ed. Murúa. Universidad de Murria.
- Hobsbawm Eric (1998) Sobre la Historia. Libros de Historia. Crítica. Barcelona.
- Savater Fernando (1997) El valor de educar. Editorial Ariel. Buenos Aires.

Guillermo Cicalese es Profesor en Geografía. Docente e investigador en el Departamento de Geografía de la Facultad de Humanidades y en el Departamento de Turismo de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Nacional de Mar del Plata.
gcicalese@infovia.com.ar